

HUGO LOPEZ, alero izquierdo
de Colo Colo.



estadio

M.R.

SOMBRA DEL PASADO

POR RINCON NEUTRAL

LO LLAMARON "EL gran Capitán" y tenían razón para honrarlo con tal apodo. Porque posiblemente nunca se ha visto en nuestras canchas una mayor identificación entre un hombre y un team de fútbol como esa de Carlos Giudice y el Audax Italiano. Era con la camiseta verde como Giudice se sentía cómodo y rendía más. Fué seleccionado chileno, asistió al Sudamericano de Lima y, aunque allí rindió bastante, no pudo compararse al Giudice que dirigía al Audax, que movía todos los resortes del gran elenco que, en esos años, tenía el club de colonia. Participó en aquella gira gigantesca del Audax, "la gira grande", esa que abarcó las tres Américas, y en todas partes supo imponer su calidad de juego, su sobria y eficaz expedición.

VINO de Peñablanca y se aquerenció en el Audax, para siempre. Cierta es que aceptó las tentadoras ofertas de Peñarol de Montevideo y allá estuvo jugando un tiempo. Pero no resistió las nostalgias de Santiago, que ya era su ciudad, y del Audax, el único club en el que se sentía contento y cómodo. Todavía se le recuerda en Montevideo y cuando, hace unos seis años, visité la sede de Peñarol, me hablaron con cariño de ese chileno que logró, en poco tiempo, conquistarse a la hinchada peñarolense y ser un jugador popular en una tierra que, aún en esos años, producía grandes astros del fútbol mejor del mundo.

HUBO UNA temporada en la que el Audax consiguió alinearse un trío medio de ataque realmente formidable: Sorrel, Caramutti y Giudice. Existieron siempre rivalidades deportivas entre Caramutti y Giudice y, en esos años, Sorrel supo aprovechar esa rivalidad, para bien del equipo. Los dos astros nunca se pasaban la pelota y, es claro, todas iban a dar a los pies de Sorrel. "El Tigre" comenzó así a ganar fama de goleador, aprovechando, con su tremendo cañonazo, lo que le ofrecían aquellos dos compañeros hábiles.

JUGABA CAMINANDO y parecía ser demasiado lento. Pero cuando una pelota llegaba a sus pies, el peligro de gol resultaba inevitable. Era flojo para tirar a los cañamos, pese a su soberbio remate, el que aprovechaba para hacer largos pases a las puntas o para poner en juego, desde más atrás de la media cancha, a su centrodelantero encajado entre los zagueros contrarios. A su lado, Tomás Ojeda fué un gran puntero. Con su colaboración, los hermanos Bolaños se transformaron en el terror de los arqueros adversarios. El pase largo de Carlos Giudice fué algo ya clásico en ese elenco de Audax, que era capaz de volcar a su favor un encuentro que ya parecía perdido por score abrumador.

CUANDO LAS COSAS iban mal, cuando algo fallaba en ese elenco poderoso, Giudice no parecía inmutarse. Pero los fanáticos ya lo conocían. Lo veían, en el centro de la cancha, doblarse la manga izquierda de su camiseta y estaban tranquilos. Giudice entraba en acción y el team tendría que atropellar. Nunca olvidarán los parciales de Audax, ni tampoco los de Unión Española, aquel match histórico, en Santa Laura. Era un partido oficial que los rojos ganaban por tres goles contra cero ¡y faltaban apenas quince minutos para el pitazo final! Sólo entonces se remangó la izquierda Giudice y comenzó la faena. Pase largo a una punta. Pelota encajada entre los backs, para que metiera el centro forward. En fin, que fué el delirio, el alud, lo inesperado. Cuando el referee puso fin al encuentro, Audax Italiano ganaba por cuatro goles contra tres...

CARLOS GIUDICE



LE GUSTABA EL FUTBOL, trasnochaba, tenía un alma de bohemio y era jugador incorregible. Pudo haber sido un potentado si hubiera seguido en Peñarol. También, si hubiera aceptado una proposición de Italia, de donde le ofrecieron varios cientos de miles de liras. Pero prefirió quedarse en Chile, en el Audax, en el único medio que le gustó siempre.

Cuentan que, una vez, la directiva itálica quiso asegurar el futuro económico de Giudice con sólidas bases. Lo instaló con un negocio que tendría que llevarlo muy arriba. Pero no había caso. Giudice dejó que se perdiera todo y, cuentan que, ni siquiera fué a abrirlo. Es que, en el fondo, nunca le interesaron las gangas económicas, era bohemio de alma y, buena chicharra, tenía que morir cantando.

TAL VEZ LE habría costado mucho encharcar en el profesionalismo de hoy, lleno de exigencias, de juego necesariamente rápido, con un entrenamiento severo y cuidadoso. No se habría acostumbrado, porque tal vez no existió fuerza humana capaz de sacarlo de su tranco, de esa su forma de caminar por la cancha, de trotar apenas, de no apurarse aunque "las papas quemaran". A él le gustó ser así y así rendía más que muchos otros que derrochaban energías corriendo para todos lados, que entrenaban más y jugaban con más sangre. Su juego, eminentemente cerebral, habría sido duramente criticado ahora, en nuestro fútbol apresurado. Pero estoy seguro de que pocas veces se produjo en Chile un jugador de más jerarquía que Carlos Giudice, un hombre que supiera sacar más provecho de sus compañeros, que tuviera una

visión más certera de lo que estaba sucediendo en la cancha.

"HABRÍA SIDO fácil anularlo ahora, con la marcación", dicen muchos. No voy a discutir. Lento como era, quizá si se hubiera visto apremiado estando siempre con un hombre encima. Pero en esto no cuentan con su habilidad natural. A lo mejor, Carlos habría burlado esa marcación con uno solo de sus lentos movimientos. Y, para el juego de hoy, ¿no le parece que esos cambios bruscos de juego que hacía Giudice con su pase largo y certero habrían resultado utilísimos? Con la pelota en los pies, en el fútbol de antes y en el de hoy, Giudice habría sido un peligro terrible. Porque, además, poseía un arte bien escaso entre nuestros jugadores: sabía, con maestría "patear la pelota".

NO ES FACIL establecer si las virtudes de algunos ases de antaño pudieran hoy ser útiles, ya que cambiaron los tiempos, las costumbres y los usos. Pero lo que no puede discutirse es que, por encima de sistemas y de fórmulas, el jugador de "clase" tiene que distinguirse siempre y, de tal o cual manera, ese jugador tiene que rendir, con más o menos dificultades. Porque, fundamentalmente, el fútbol es siempre el mismo. Más rápido o más lento, con marcación o sin ella.

Y Carlos Giudice fué de aquellos que nacieron para ser cracks, de los que llevaron dentro "la chispa divina". Y esos nunca fallan.

RINCON NEUTRAL